

«Temas clásicos de Arqueología»

Ciclo dirigido por José María Luzón

Del 11 de marzo al 3 de abril pasados, en ocho sesiones, se celebró en la Fundación Juan March un «Aula abierta», dedicada a «Temas clásicos de Arqueología», dirigida por José María Luzón, catedrático de Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid, y en la que participaron María del Carmen Pérez Die, conservadora Jefe del Departamento de Egipto y Próximo Oriente del Museo Arqueológico Nacional, y Pilar León Alonso, catedrática de Arqueología en la Universidad Pablo Olavide de Sevilla y directora de las excavaciones en el Traianeum de Itálica, quienes pronunciaron sendas conferencias públicas. En este ciclo se seleccionaron diez temas para poder ilustrar la forma en que los descubrimientos arqueológicos se incorporan a nuestro conocimiento de la Historia y de la Antigüedad. Las conferencias fueron precedidas de una lectura de textos especialmente seleccionados y comentados por investigadores que actualmente trabajan cada uno de los temas.

Ofrecemos seguidamente un extracto de las ocho conferencias públicas.

José María Luzón

Héroes y señores en la Edad del Bronce

Los enterramientos en túmulos se extienden por toda Europa a lo largo de lo que llamamos en general Edad del Bronce. Se trata de un tipo de enterramiento muy utilizado por sociedades jerarquizadas, que rinden homenaje y mantienen vivo el recuerdo de personajes que han sido líderes en vida. Unas veces se trata de guerreros y, por tanto, son enterramientos masculinos, pero otras veces parece que son destacadas figuras de la vida religiosa de la comunidad y aparecen frecuentemente dedicados a mujeres.

La utilización de túmulos funerarios la conocemos en primer lugar con información no solamente arqueológica en Grecia, donde muchos de ellos mantenían tradiciones locales de héroes ho-

méricos. En Olimpia, donde se había asentado desde antiguo un culto a varias divinidades masculinas y femeninas, se eleva un túmulo en el centro del *altis* que los griegos dedican al héroe Pelops, epónimo del Peloponeso. Un caso similar, pero esta vez vinculado a una ciudad posterior, es el Menelaion de Esparta, donde el túmulo será el centro en torno al cual se desarrollará progresivamente el culto a Menelao.

Pero si los sepulcros de este tipo conocidos y excavados en la Grecia propia son fuentes de información histórica, sobre todo por las referencias escritas y las tradiciones conservadas en torno a ellos, en otros lugares de Europa los hallazgos arqueológicos de estos enterramientos han sido sumamente re-

veladores. Durante el siglo XIX la Arqueología se centró de manera intensiva en los de Rusia meridional y territorios vecinos al Mar Negro, donde a este tipo de enterramientos se les denomina kurganes. De éstos son muchos los que se han conservado prácticamente intactos hasta que fueron excavados y gracias a ellos tenemos una valiosísima información y ricos ajuares de pueblos que vivieron en estrecha relación con las culturas del Egeo y de Asia Menor.

Paralelamente a lo que ocurre con los túmulos helénicos, también en Occidente existen testimonios arqueológicos que confirman la transformación del lugar en centro dedicado a los oráculos y la adivinación, es decir, en un tipo de santuario popular.

Pero quizá el caso más llamativo conocido por la Arqueología en este mundo tan extendido de los grandes túmulos principescos es el de Hochdorf, cerca de Stuttgart, en Alemania. Se conocen muchos otros en Europa central y algunos han sido excavados desde antiguo con resultados diversos. El ajuar del túmulo de Hochdorf permite reconstruir en gran medida el ritual de enterramiento de un personaje masculino con todos sus símbolos de poder y de riqueza. El túmulo de Hochdorf es hoy el más llamativo de los hallazgos arqueológicos que ilustran una sociedad y un momento en el que la jerarquización y el culto a los héroes muertos está ampliamente extendido por Europa Central y el Mediterráneo.

Tartessos y el mar

Tartessos simbolizaba el extremo Occidente y era famoso por la producción del bronce que obtenían de la aleación del estaño extraído de las Casitéridas y del cobre de las minas del sur de Andalucía. Ocupaba el lugar donde las más antiguas cosmogonías localizaban el más allá, los límites de una tierra que se imaginaba circundada por una corriente de agua en movimiento. Allí se abría el gran vacío primigenio y se le-

vantaban los dos grandes pilares que separaban el cielo de la tierra y que imponían el orden dentro de un *kaos* originario. Era un espacio abierto a lo maravilloso e inesperado.

A través de la lectura de las fuentes clásicas, de Homero, Heródoto, Estrabón, Hesíodo, Plinio el Viejo, Avieno y otros, así como del estudio de piezas y yacimientos arqueológicos, se puede reconstruir cómo fue la llegada de los primeros navegantes griegos a las costas hispanas y cómo se entablaron los primeros contactos con el pueblo tartésico. Jalonando las costas de todo el Mediterráneo, pequeños santuarios marítimos, a veces no más que pequeños refugios bajo una roca, han ofrecido pinturas y exvotos que reproducen los primeros barcos en que los griegos surcaron las aguas hasta encontrar la salida al océano.

Para llegar a las nuevas colonias fundadas o para mantener la relación comercial establecida, utilizaban unas embarcaciones que conocemos a través de pequeños exvotos y de representaciones en sellos o en pintura rupestre. Eran pequeñas barcas caracterizadas por llevar en la proa, y a veces en la popa, un mascarón con forma de cabeza de animal, un *protomos* al que se llamaba *akrostolia* o *aflaston*. Según el lugar de procedencia del barco, la forma del *protomos* era diferente: toros, ciervos, carneros, aves, serpientes, leones, caballos, dependiendo de que hubiesen partido de Creta, de las islas del Norte, de Asia Menor, de la Grecia continental, etc. Utilizaban también velas de cuero, en aparejo redondo. Cuando la navegación había sido exitosa, bien protegidos por la atenta mirada de Atenea (diosa en principio marina y protectora de los navegantes) que cuidaba al timonel que guiaba el barco, bien por el dios Poseidón que mantenía en calma los vientos y las olas que podían hacer zozobrar la nave, entonces entregaban como ofrenda a uno de los dioses el mascarón con forma de animal, junto con los escudos de los guerreros que habían viajado. Mascarones



José María Luzón es catedrático de Arqueología en la Universidad Complutense. Dirigió de 1970 a 1974 las excavaciones de la ciudad romana de Itálica en Santiponce (Sevilla). Ha sido catedrático de Arqueología en las universidades de Santiago de Compostela, La Laguna y Cádiz; director del Museo Arqueológico Nacional; director general de Bellas Artes y Archivos y de 1994 a 1996 director del Museo Nacional del Prado, donde comenzó el reordenamiento de la colección de esculturas. Ha publicado varios trabajos sobre las colecciones de antigüedades en los museos españoles y particularmente la formación de las galerías en el siglo XVIII.

y escudos, *akrostolia kai aspides*, como dicen las fuentes, eran colocados en las fachadas de los templos, en pórticos o en esos santuarios junto al mar en los que se adoraba a estos dioses. Así aparece representado en relieves como el del carcaj escita aparecido en la tumba de Filipo II, bajo el Gran Túmulo de Vergina, o mencionado por Estrabón en relación con un templo a Atenea en Odiseia, cerca de Málaga, o por Pausanias en su descripción del pórtico de los atenienses en Delfos.

Igualmente desdibujado por la tradición rapsódica de la épica estuvo el quizá más conocido episodio de la mitología griega, el del legendario caballo de

Troya con el cual los griegos lograron derrotar al ejército troyano. Un *hippos* más de los muchos que aparecen por todo el Mediterráneo, un barco con cabeza de caballo, realizada junto a la playa por el carpintero naval griego que acompañaba a la expedición guerrera.

Las primeras excavaciones en Pompeya y Herculano

Durante los trabajos preparatorios para la construcción del palacio de Portici, en un lugar privilegiado de la bahía de Nápoles al pie del Vesubio, tuvo lugar en 1738 el descubrimiento de Herculano, cuyo nombre pudo leerse por vez primera en una inscripción en el dintel del teatro. Se trataba de una de las ciudades sepultadas por la erupción del Vesubio en agosto del año 79 d. C. y pronto el rey acogió con verdadero interés la ampliación de aquellas excavaciones que habrían de dar resultados sorprendentes. Durante muchos años los trabajos, en Herculano primero y en Pompeya y Estabia unos años más tarde, fueron nutriendo unas colecciones reales que llegaron a ser admiradas en toda Europa.

El director de las excavaciones durante mucho tiempo fue el ingeniero militar de origen aragonés Roque Joaquín de Alcubierre. Se trataba de un personaje poco instruido en los estudios de la antigüedad, pero con la formación necesaria para asumir la responsabilidad y la complicada tarea de trazar galerías en el subsuelo de la moderna Resina y sus alrededores, para poco a poco trazar la planta de los principales edificios y sacar lo más posible de aquella ciudad sepultada bajo la lava.

Las excavaciones de Pompeya, Herculano y Estabies pusieron inmediatamente en primer plano la preocupación por la conservación de lo que se estaba descubriendo. De esta forma se llegaron a montar verdaderos talleres de restauración en los que hubo que tomar decisiones que hoy consideramos habituales, pero que no se habían planteado

hasta entonces en la conservación de las antigüedades.

El recorrido por las ciudades y villas que quedaron sepultadas bajo lava en unos casos y bajo un espeso manto de ceniza en otros, trae a la memoria multitud de hallazgos imprevistos que nunca hubiéramos imaginado que llegaríamos a conocer. Unas veces los panes carbonizados de una panadería, otras los cadáveres de numerosos rezagados que fueron víctimas de la más espantosa erupción que había tenido el Vesubio. Las casas con sus muebles carbonizados, las pinturas casi intactas y gran parte de los objetos domésticos que sus propietarios no habían tenido tiempo de sacar, son desde hace casi tres siglos una de las mayores fuentes de información que tenemos para el estudio de multitud de aspectos de la vida en unas ciudades romanas de la Campania que habían alcanzado un notable nivel de lujo y bienestar para sus habitantes.

Los tesoros de Vergina

Los túmulos de Vergina constituyen uno de los más espectaculares descubrimientos de la arqueología griega en el siglo XX. Vergina, situada en el valle formado por el río Hálacmon, rodeada por los montes Pieria y Vermión y en las inmediaciones de la ciudad de Palatitsia, fue identificada con la antigua *Aigai*. Contaba la tradición que *Aigai* había sido fundada por el pastor Káranos en el lugar donde se había parado el rebaño que él conducía y que fue ésta la capital de Macedonia antes de ser trasladada a Pella. Se mantuvo, sin embargo, la costumbre de enterrar en ella a los miembros de la familia real y de las clases dirigentes macedónicas.

La primera expedición arqueológica emprendida en Vergina fue la dirigida por Leon Heuxey en 1876, que excavó durante cuarenta días en la zona, viéndose obligado a abandonarla a causa de una infección de malaria. Descubrió la primera tumba macedónica, dejando publicados en la *Mission Archéologi-*

que de Macédoine (París 1876) hermosos dibujos y reconstrucciones realizados por su compañero Daumet. En esta obra se menciona por primera vez el Gran Túmulo, que sería el foco de interés de las expediciones posteriores.

A partir de 1938 el profesor Romaios, de la Universidad de Salónica, emprendió de nuevo las excavaciones, centrándose esta vez en el estudio del palacio, vecino a la zona de enterramientos. Fue en estos años cuando Manolis Andronikos, trabajando bajo la dirección de Romaios aún como estudiante, entró en contacto con los descubrimientos de la antigua *Aigai*. A partir de 1959 asumió la responsabilidad de las excavaciones de Vergina y dirigió todos sus esfuerzos al descubrimiento del Gran Túmulo.

A sesenta metros del palacio se descubrió en 1981 el teatro, orientado hacia la extensa llanura que se extiende hacia el N.E. Dada su proximidad con el palacio se identificó con el lugar en el que Filippo fue asesinado, según la interpretación de un pasaje de la *Historia novelada de Alejandro Magno*, de Pseudo Calístenes, en el que se cuenta cómo éste recibió la muerte durante una representación teatral organizada con motivo de las bodas de su hija, y cómo fue trasladado al cercano palacio donde estaba su mujer Olimpiade.

A pesar de la monumentalidad de estos restos, el hallazgo más interesante de Vergina fue el del Gran Túmulo. Todas las construcciones habían sido integradas bajo el gran túmulo en tiempos de Antígono Gonatas, para protegerlas de los saqueos galos, y en la tierra acumulada sobre las tumbas se incluyeron estelas pintadas pertenecientes a un cementerio vecino del s. IV a.C.

Una de las tumbas fue identificada con la tumba de Filippo de Macedonia, padre de Alejandro. En ella entró Andrónicos el 8 de noviembre de 1977, el día de San Gabriel, a través de la piedra clave de la bóveda, por la parte de atrás. La emoción del descubrimiento y la exaltación del momento fueron descritos en el diario del arqueólogo griego y

pueden resumirse en una frase escrita por él: «fue el día más feliz de mi vida». En la cámara funeraria se hallaban los restos tal y como quedaron el último día en que se selló la tumba: todo el suelo estaba lleno de restos materiales fruto de la descomposición de la madera que contenía el sarcófago con las cenizas del muerto y de las telas que cubrían las paredes de la habitación.

La segunda tumba del túmulo fue la llamada «Tumba del Príncipe», con una fachada dórica más sencilla que la de la tumba de Filippo, con triglifos pintados de un azul intenso. Los intercolumnios estaban adornados con dos escudos en relieve también pintados. Las paredes de la antecámara estaban decoradas con un fresco que representaba una carrera de bigas. En el interior se encontraban los restos de un joven muerto a los 14 años y guardados en una hidria de plata, coronada con una diadema de oro. Se encontraron restos de un uniforme de cuero, utensilios de plata para el simposio y partes de una armadura.

Otra tumba contenida bajo el Gran Túmulo era la «Tumba de Perséfone», llamada así por la representación en su interior del rapto de Perséfone. Por último, la tumba más recientemente excavada fue descubierta en 1987 e identificada con la tumba de Euridice, madre de Filippo II, y destaca por la presencia en ella de un gran trono labrado en el que vuelven a aparecer las figuras de Hades y Perséfone.

La arqueología y el origen de los museos

En esta lección se analizó el origen y formación de las colecciones de arte que dieron lugar a los primeros museos. Se comenzó con una reflexión sobre la creación de los museos Capitolinos y Vaticanos, en 1734 y 1771 respectivamente. Se incidió en analizar la intención que existía en la misma idea de estos museos en ese momento en que Roma era un escaparate para el resto del mundo y en plena recuperación

del mundo clásico, cuando hombres de todos los países intentaban formar sus propias colecciones. Estos museos poseían piezas de una calidad que era enormemente difícil de encontrar y en un número imposible de igualar. Convirtiéndose así en un símbolo del poder de los papas y de propaganda en todo el mundo, constituyendo un motivo más de peregrinación a Roma equiparable a los monumentos que se encontraban en la ciudad. Otro de los aspectos considerados fue el criterio de selección de piezas o, lo que es lo mismo, conocer qué era digno de mostrarse en estos museos. Del análisis se desprendió que el concepto de antigüedad se limitaba a piezas de escultura, medallas o monedas, cuya importancia las más de las veces residía en que se trataba de piezas de enorme tradición literaria. En ellas veían materializada la historia que estudiaban, su idea de la antigüedad con documentos no escritos, y en ello radicaba la gran parte de su valor. Por otro lado, eran también piezas que servían de modelo para los artistas del momento, los ideales de belleza establecidos por Winckelmann, Mengs... tenían su referente en las esculturas de la antigüedad, citando en muchas ocasiones las mismas piezas que se encontraban en esos museos como paradigmas de perfección.

Continuando con esta idea de museo se tomó como ejemplo el Real Museo Borbónico de Nápoles creado en 1816 por Fernando I. La elección de este museo pretende ilustrar el contrapunto de los anteriormente señalados, puesto que si bien se trata de un museo compuesto por colecciones reales su gran impulso procede de las excavaciones arqueológicas promovidas por Carlos III. Seguían los casos del Museo del Louvre y del Museo Británico planteados como el modelo más aproximado a nuestra idea de museo y cuyos principios podemos considerar los antecedentes más directos de los nuestros.

En el caso del Museo Británico, fundado en 1753, se establece una línea de continuación directa con los museos

italianos puesto que su origen se sitúa en parte en las colecciones adquiridas en Italia por particulares ingleses. Pero al mismo tiempo, y sobre todo, supone una ruptura respecto a la idea tradicional del museo de patrocinio real, puesto que el Británico es el primer caso de museo creado mediante acta parlamentaria. Algunos de los principios básicos que aún hoy siguen rigiendo el museo, tales como que las colecciones deberían ser siempre accesibles a los curiosos y entendidos o que el museo debía estar al cargo de especialistas con dedicación completa, quedaron ya definidos y han pasado a constituir los puntos básicos de la mayor parte de los museos del mundo.

El museo del Louvre responde igualmente a la ideología ilustrada y posrevolucionaria en la que surge. Aunque su creación en 1790 responde a una iniciativa bien distinta a la del Museo Británico, el resultado de las confiscaciones que se practican a la Iglesia de

Francia tras la revolución, el carácter de sus colecciones coinciden con las del museo inglés e incluso van más allá, exponiendo en sus salas aparatos de óptica, matemática o ingeniería. La creación de este museo se vio enriquecida además con un encendido debate, del que se leyeron varios textos, entre artistas, políticos y eruditos sobre cuáles eran las piezas que debían mostrarse en el Louvre formando parte de esa idea de museo nacional que mostrara los avances y las glorias de la nación francesa que estaba configurando su nueva identidad.

Finalmente, se abordó el origen de los museos en España, tomando como punto de partida la desamortización de los bienes de la Iglesia y la constitución en 1844 de las Comisiones Provinciales de Monumentos. Nos centramos en este caso en el ejemplo del Museo Arqueológico Nacional creado en 1862, para lo que se comentó parte del Real Decreto fundacional. □

Carmen Pérez Die

Excavaciones españolas en Enhasya el Medina (Egipto)

El yacimiento de Enhasya el Medina está situado en el Egipto Medio, en la actual provincia de Beni Suef, a la entrada del oasis de El Fayum y en la antigüedad formó parte del nomo XX del Alto Egipto, con su capital Nen-nesut. Sabemos que esta ciudad fue fundada en la Dinastía II y que su historia se extiende hasta la conquista del país por los árabes, siendo su etapa más importante la correspondiente a las dinastías IX y X, momento en que la corte real se instala en ella. La divinidad principal adorada en este lugar fue Herishef, identificado por los griegos con Heracles, de ahí la denominación de Hera-



cleopolis Magna.

Las excavaciones españolas se han centrado en dos lugares diferentes: en la necrópolis de las Dinastías IX y X, (en torno a 2.100 a.C) y en el cementerio de las Dinastías XXII-XXV, (850-650 a.C). La necrópolis más antigua ha proporcionado hallazgos de primera magnitud, ya que en esta época la ciudad era la capital de Egipto. Sus tumbas, algunas muy destrozadas, conservan bellos relieves, pinturas y estelas donde podemos leer los nombres y los títulos de las personas enterradas aquí, que debieron estar estrechamente vinculadas a la corte heracleopolitana. En las últimas campañas se han

descubierto dos tumbas con pinturas de gran belleza y más de 4.000 años de antigüedad.

En cuanto al cementerio de las dinastías XXII-XXV, se han hallado varias tumbas con un ajuar funerario muy rico (ushebtis, vasos canopos, escarabeos, etc.) que pertenecieron a los gobernadores, sacerdotes, generales de la ciudad, muy vinculados a los soberanos

egipcios de la época, de origen libio.

María del Carmen Pérez Die es conservadora jefe del departamento de Egipto y Próximo Oriente del Museo Arqueológico Nacional, museo del que ha sido directora. Dirige la misión Arqueológica del Ministerio de Cultura en las excavaciones de Enhasya el Medina (Egipto).

Pilar León Alonso

Bronces griegos sumergidos

El bronce fue el material plástico por excelencia durante la Antigüedad. Medirse con las dificultades inherentes al proceso de fundición, en el caso de los grandes bronceos sobre todo, fue siempre piedra de toque para los grandes creadores de escultura, de donde el renombre de los grandes bronceistas. Desgraciadamente la gran mayoría de obras originales creadas por ellos no nos ha llegado y la información existente al respecto proviene de las copias romanas que las reproducen preferentemente en mármol. Avatares de toda clase intervinieron en la pérdida y desaparición de los originales griegos en bronce y curiosamente entre ellos hay uno que paradójicamente ha podido provocar su recuperación posterior. Así ha ocurrido con algunos de aquellos que fueron a parar al fondo del mar como consecuencia del saqueo de obras artísticas llevado a cabo en época romana. El afán por disponer y atesorar esculturas de prestigio, como en general eran las griegas, originó una avidez creciente pronto organizada como mercado, consecuencia de lo cual fue la intensificación del expolio en santuarios, templos y espacios públicos que albergaban la estatuaría en bronce. El botín obtenido emprendió una travesía marítima hacia los nuevos lugares de destino, preferen-



temente Italia y más en concreto Roma. Tampoco la travesía estaba exenta de azares, entre los cuales el naufragio con la consiguiente pérdida de la carga sumergida en el mar y allí olvidada. Las rutas más frecuentes, los puertos de destino, los lugares de naufragio son aspectos

que la Arqueología ha llegado a conocer con bastante precisión gracias a los avances conseguidos en los últimos tiempos, sobre todo, dentro de la Arqueología subacuática. Aun cuando la localización de pecios suele producirse de manera fortuita, la aplicación de una técnica metodológica para la recuperación del material arqueológico sumergido ha dado buenos y brillantes resultados. Las labores de conservación y restauración realizadas a los bronceos sumergidos tras su hallazgo han conseguido devolvérselos en un estado aceptable para su conocimiento y estudio, enriquecido sin duda por la abundante información que proporciona una analítica exhaustiva desde el punto de vista técnico.

Pilar León Alonso es catedrática de Arqueología en la Universidad de Córdoba y desde 2001 en la Universidad Pablo Olavide de Sevilla. Dirige las excavaciones en el Traianum de Itálica.